

Texto **CAROLINA COUSO**

Hablamos con **MARIBEL**, hija de **JESÚS LOLO JATO**, policía municipal de Portugalete, quien sufrió un atentado en 1978

UN PASEO POR LA MEMORIA

UN DISPARO LE ROBÓ LA INFANCIA, UNA ETAPA QUE MARIBEL PASÓ VIENDO CÓMO SU PADRE VIVÍA ENTRE DOLORES Y HOSPITALES.

María Isabel Lolo Vázquez o Maribel, como la llaman todos sus amigos, tiene 35 años y una gran fuerza interior que llama poderosamente la atención de todos aquellos que la conocen. Aunque a simple vista puede parecer frágil y delicada, como una flor a la que cuidar en el centro de jardinería en el que trabaja, Maribel es una mujer fuerte y decidida, luchadora y vital, capaz de transmitir amor y fuerza a partes iguales. Sensible y de gran corazón, Maribel adora a los animales porque "pueden ser mejor que muchas personas". Así, comparte su casa con dos gatos recogidos de la calle y un perro, a los que dedica toda la atención y cuidados que necesitan. Y es que esta ingeniera agrícola es incapaz de permanecer impasible ante el sufrimiento ajeno y la injusticia.

Recuerdos de la niñez

Uno de los primeros recuerdos que esta ferrolana de adopción tiene de su infancia se remonta a los cuatro años. Es un recuerdo trágico y triste, que marcó su vida y la de su familia para siempre. Supuso un antes y un después radical en su existencia, que le impidió llevar una infancia feliz, como la del resto de niños de su edad. "La infancia tiene que ser el periodo más feliz de la vida de un niño, y la mía no lo fue por culpa del terrorismo".

Su padre, Jesús Lolo Jato, era policía municipal en la localidad vizcaína de Portugalete. Un día de abril de 1978, un etarra se cruzó en su vida destrozándola para siempre. "Fue el 15 de abril. El día 16 era el cumpleaños de mi madre. Mi padre hacía servicio en un conocido parque de

Portugalete, el parque de los Monos, cuando vio a un chico corriendo con una bolsa. Le resultó sospechoso y le dio el alto". En el parque había animales y la Policía Municipal solía hacer vigilancia para evitar que los robasen. El chico en cuestión resultó ser un miembro de la banda terrorista ETA que acudía a un encuentro con otros terroristas en el famoso Puente Colgante. Sin mediar palabra y tras echar a correr, sacó una pistola, encañonó a Jesús y a su compañero, y no dudó ni un segundo al pegarle un tiro. El disparo le ocasionó heridas en el riñón izquierdo y le atravesó la médula espinal, postrándolo en una silla de ruedas para siempre sometido a fuertes dolores.

"Recuerdo que varios compañeros de mi padre vinieron a mi casa a avisar a mi madre. No se atrevían a decirle lo que le había pasado a mi padre. A mí me envolvieron en una manta y me llevaron a casa de unos vecinos. Ahí empezó todo". Con estas palabras nos relata Maribel los primeros recuerdos de su niñez.

Ese mismo 15 de abril, Jesús fue operado de urgencia en el hospital de Cruces, en la vecina localidad de Baracaldo, para extraerle la bala que había cambiado drásticamente su vida.

"Recuerdo la cara de mi padre el primer día que le fui a ver al hospital. Era como si se avergonzara de que le vieran en una cama en el hospital o en una silla de ruedas. Y es que él siempre había sido una persona muy activa y vital".

Esa operación en Cruces fue la primera de un total de 23 intervenciones a las que se vería sometido Jesús durante los 25 años siguientes. Todas con la misma finalidad: tratar de aliviar los terribles dolores que el atentado le produjo de

